el consejo oyendo Misa todos los días, y comenzó á irle bien y á prosperar en todos sus negocios.

11. Un día de fiesta dos jovenes salieron al campo á cazar: uno de ellos oyó Misa, y el otro no. De repente el cielo se cubrió de nubes y comenzó una gran tempestad; después de esto oyeron una voz que decía: «Hiérele.» Quedaron atemorizados con talvoz; pero después, siguiendo su camino, cuando menos pensaron cayó un rayo y mató al desgraciado que no había oido Misa, quedando salvo el primero.

el altar de muchos ángeles, que con gran reverencia y asombro adoran al Hijo de Dios en la divina Eucaristía, y « entonces nosotros, — dice San Crisóstomo, — no debemos pensar que estamos en la tierra, sino entre los querubines y serafines. Estemos en la iglesia, — prosigue el Santo, — con gran silencio, temor y temblor. Ved de qué manera están los criados delante de su Rey; con qué modestía, atención y respeto; no hay quien se atreva á hablar una palabra ni á volver los ojos, á otra parte; pues de ellos aprendamos cómo debemos estar en la casa de Dios y en la santa Misa 1. »

## TRATADO XIV

DE LA POBREZA ESPIRITUAL

## CAPÍTULO PRIMERO

Necesidad de la pobreza espiritual. — Males que trae consigo la avaricia. — Ventajas de la pobreza espiritual y bienes que de ella se siguen.

§ I



porque de ellos es el reino de los cielos . Estas palabras de nuestro divino

Maestro nos declaran cuán indispensable nos es la pobreza espiritual, porque todos tenemos necesidad de ser dichosos y de alcanzar la gloria eterna, y todo esto lo tenemos mediante esa pobreza. Por el contrario, de los que no la tienen no hallamos escrito que el Señor les haya prometido el cielo.

2. « Pertenece al amor filial, — nos dice Santo Tomás, — manifestar á Dios la reverencia que le debemos y estar sujetos á su divina

<sup>1</sup> De Sacerdot., lib. III.

<sup>1</sup> Matth., V.

Majestad. Siguese de tal sujeción que el hombre no se engrandezca ni glorifique en si mismo, ni en las otras criaturas, sino solamente en Dios. Gloríase malamente en si mismo mediante la soberbia, y en las otras criaturas poniendo su corazón en ellas y en las riquezas. Mas la pobreza de espíritu, por la cual puede entenderse la humillación del espíritu soberbio ó la renuncia de los bienes temporales, impide ambas cosas, las cuales son los grandes obstáculos que tenemos para conseguir la vida eterna. Si, pues, la pobreza espiritual los aparta de nosotros, claro es que necesitamos de ella para salvarnos.

3. El Señor nos manda que le amemos con todo nuestro corazón; ¿y cómo podremos cumplir este divino precepto si amando la honra y las riquezas negamos á Dios el cariño que ponemos en el mundo y en sus bienes? Mas la pobreza espiritual rompe todos esos lazos, y elevando al cielo nuestros ojos nos descubre dónde está el verdadero y riquísimo tesoro que debemos codiciar sobre todas las cosas, el objeto amable sobre todo amor que ha de llevar en pos de sí todo nuestro afecto.

4. El Señor no nos ha mandado que dejemos realmente los bienes que hemos recibido de su mano; pero si nos prohibe que pongamos en ellos nuestro afecto. « Si tenéis grandes riquezas, — nos dijo en otro tiempo por boca de David, - no pongáis en ellas vuestro corazón 1. » Y si bien es cierto que podemos ser santos aun en medio de la opulencia, como lo fueron Job, San Luis, rey de Francia, San Fernando y otros muchos, con todo eso, jamás llegaremos à la santidad si no imitamos el desprendimiento de esos mismos santos, que realmente fueron pobres en medio de sus riquezas. Mas si nosotros las amamos serán un lazo de perdición y muerte para nuestras almas. « Vendrà la avaricia con todos sus horrores; porque no hay cosa más detestable que un avaro, ni hay cosa más inicua que el que codicia el dinero; que este à su misma alma la pone en venta, y aun viviendo se arranca sus propias entrañas, - nos dijo el Espíritu Santo 2. » Y en efecto, el avaro no tiene compasión de nadie, no sabe socorrer al desgraciado, y es duro y cruel aun consigo mismo. ¿ A qué excesos no arrastra la avaricia, ni qué es lo que llega á respetar? Porque los que pretenden enriquecerse caen en tentación y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos que hunden á los hombres en el abismo de la muerte y de la perdición; porque la raiz de todos los males es la avaricia, arrastrados de la cual algunos se desviaron de la fe y se sujetaron á muchas pe-

<sup>1</sup> Psalm. LXI, 11.

<sup>2</sup> Eccli., X, 9-10.

nas '. Para evitar semejantes desgracias, que trae consigo el amor de las riquezas, San Pablo decía á Timoteo: « Manda a los ricos de este siglo que no sean altivos, ni pongan su confianza en las vanas riquezas, sino sólo en Dios vivo, que nos provee de todo. Exhórtales á obrar bien, á enriquecerse con buenas obras, á repartir liberalmente, á comunicar sus bienes, á atesorar un buen fondo para lo venidero, á fin de alcanzar la verdadera vida <sup>2</sup>. »

## quezas no se adquere II g r testaro, in se com

5. Grandes son los bienes de la pobreza espiritual; mas por ahora sólo mencionaremos la paz y la verdadera libertad de nuestras almas. « Es la paz, — nos dice San Agustín, — la serenidad de la mente, la tranquilidad del alma, la sencillez del corazón, el vínculo del amor, la unión de la caridad. » El verdadero pobre de espíritu conserva una serenidad admirable y una tranquilidad que nada turba ni aun en medio de los mayores infortunios y desastres; porque ¿ qué es en realidad lo que inquieta y turba nuestras almas, sino el temor de perder lo que amamos ó el ver desvanecidas nuestras espe-

ranzas? Mas la pobreza espiritual destruye los temores de que hablamos al desprendernos de los bienes de este mundo, y sólo nos deja una esperanza que nunca nos confunde porque está fundada en Dios; tal esperanza es la de alcanzar la vida eterna, pues el Señor nos ha dicho: « Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. »

6. La santa pobreza de que hablamos nos da también la libertad de espíritu. ¡ Oh, cuántas son las cadenas que rompe, y cuán pesada es la carga que nos quita de encima! Las riquezas no se adquieren sin trabajo, ni se conservan sin amor, ni se pierden sin alguna pena; mas la pobreza espiritual nos libra de todos estos males, haciendo que en todo trabajemos por la vida eterna, santificando y volviendo provechoso el trabajo, poniendo nuestro cuidado en no quebrantar la santa ley de Dios y trayéndonos siempre á la memoria estas palabras del divino Maestro: « Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura 1. » Finalmente, en la pérdida de los bienes temporales la pobreza nos consuela, haciéndonos saber que el Hijo de Dios se hizo hombre por nosotros à fin de enriquecernos con su santisima pobreza 2.

<sup>1 |</sup> Tim., VI, 9-10.

<sup>2</sup> Ibid., XVII, 19.

<sup>1</sup> Matth., VI.

<sup>2</sup> II Cor., VIII.

7. ¿ Con qué podrá turbarse la santa y dulce paz de que disfruta el verdadero pobre de espíritu, que nada espera ni desea de los bienes de este mundo, ni á nadie teme sino á Dios, á quien es gloria el temer? ¿ Quién podrá impedir la libertad que trae consigo la verdadera pobreza de espíritu si ésta nos da sus benditas alas para remontarnos más allá de las nubes, desde donde contemplamos la miseria y nada de los bienes de este mundo, y la preciosidad y belleza de aquellos que el Señor tiene reservados para los pobres de espíritu?

8. Grandes son los bienes que se siguen de la pobreza espiritual, ya en nosotros mismos, ya en nuestros semejantes. « En nosotros es ella como la madre y origen de las virtudes, según nos dice San Ambrosio. » Y con respecto à nuestros semejantes, la pobreza nos inclina á las obras de beneficencia y caridad, tanto por el desprendimiento de los bienes temporales que nos infunde, el cual nos hace fácil la libera-. lidad y franqueza para con los pobres, como porque nos hace verque esto es lo mejor en que podemos emplear nuestras riquezas, no dejando que se nos olviden jamás estas preciosas palabras: « No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orin y la pollila los consumen, y donde los ladrones los desentierran y los roban; atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orin ni polilla

que los consuman, ni ladrones que los desentierren y los roben. Porque donde está vuestro tesoro allí está vuestro corazón ..»

## CAPITULO II

Medios para adquirir y conservar la pobreza espiritual.

§ I

AUNQUE hay muchos medios para adquirir y conservar la pobreza espiritual, nosotros indicaremos solamente los siguientes:

2. Primero: la oración. Bien sabemos que toda dádiva preciosa y todo don perfecto vienen de arriba, descienden del Padre de las luces \*; pues siendo la pobreza espiritual una margarita de inestimable valor, un verdadero tesoro de bienes celestiales, un precioso regalo de la bondad de nuestro Dios, no podremos hallarla en la tierra, sino tiene que bajar de lo alto, y para esto es indispensable pedírsela al Señor. ¿ Ni cómo hemos de poder adquirir por nosotros mismos el espíritu de la santa pobreza, cuando para esto nos es indispensable estar intimamen-

<sup>1</sup> Luc., XII, 33-34.

<sup>2</sup> Jac., 1.

te penetrados de la vanidad de los bienes de este mundo, y tener una fuerza de voluntad á toda prueba con que resistir las tendencias de nuestro corazón, que continuamente nos está inclinando á la comodidad, al regalo, al descanso y á procurar los honores y atenciones de los hombres, que tan facilmente conseguimos mediante las riquezas? Debemos, pues, pedir á Dios nuestro Señor que nos dé su luz y un profundo conocimiento de la nada de todos los bienes de este mundo, y que nos llene de fortaleza para despreciarlos y poner nuestro amor solamente en los bienes invisibles, que nunca se han de acabar.

3. El segundo medio para adquirir la pobreza espiritual es la frecuente meditación sobre su importancia y necesidad, sobre los males y los inútiles cuidados que trae consigo el deseo de las riquezas, sobre los peligros é inconstancia de éstas, y sobre la paz é inefable dicha que gozan, aun en este mundo, los verdaderos pobres de espíritu. De los ricos está escrito que es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que no que un rico éntre en el reino de los cielos 1; mas á los pobres de espíritu está prometido este reino.

4. «El desvelo por las riquezas, — nos dice el Espíritu Santo, — consume las carnes, y sus

cuidados quitan el sueño... No será justo aquel que es amante del oro. Muchos han caído en el precipicio á causa del oro, cuyo resplandor fué su perdición. Leño de tropiezo es el oro para los que idolatran en él...; Ay de aquellos que se van tras el oro! Por su causa perecerá todo imprudente 1.»

guardaos de toda avaricia; que no depende la vida del hombre de la abundancia de bienes que posee. — Un rico tuvo una vez una abundante cosecha de frutos, y discurría consigo mismo diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo sitio capaz para encerrar mis granos? Derribaré mis graneros y construiré otros mayores, y diré á mi alma: Ya tienes muchos bienes para muchisimos años. Descansa, come, bebe y date buena vida. Pero al punto le dijo Dios: ¡Insensato! Esta misma noche te han de exigir tu alma. ¿De quién será cuanto has reunido? Esto es lo que sucede al que atesora para si y no es rico en los ojos de Dios 2. »

6. «En la heredad de Dios tendrán lugar los que pertenecen á su grey, — dijo David; — á ninguno faltará el sustento; pero el Señor lo tiene preparado muy suave y lleno de dulzura para los pobres 3.» Isaías dijo también que re-

Matth., XIX.

<sup>1</sup> Eccli., XXXI.

<sup>2</sup> Luc., XII.

<sup>3</sup> Psalm. LXVII, 11.

posarían con seguridad los pobres que tienen su esperanza en el Señor; y el Señor tiene sobre ellos sus ojos llenos de misericordia <sup>1</sup>, porque El mismo los eligió para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino celestial <sup>2</sup>. Todo lo cual causa en los verdaderos pobres de espíritu inmenso júbilo y paz dulcísima que el mundo no conoce ni pu e den dar las riquezas.

7. Estas grandes verdades, meditadas con detenimiento y frecuencia, nos darán, con el auxilio de la divina gracia, los más favorables resultados: veremos en la pobreza espiritual una bendición de Dios, reservada para escogidos, y no pondremos nuestro corazón en las riquezas.

8. El tercer medio para adquirir la pobreza de espíritu es la caridad y misericordia para con los necesitados. «Da limosna de tus bienes, — dijo al joven Tobías su padre, — porque así conseguirás que tampoco el Señor aparte de ti su rostro. Usa de misericordia según pudieres. Si tuvieres mucho, da con abundancia; si poco, procura dar de buena voluntad aun de lo poco que pudieres, pues de esta manera atesoras un gran premio para el día de la necesidad 3.»

9. El ejercicio de la caridad en el socorro de los pobres nos hace generosos y desprendidos y nos enseña cuál es el uso que debemos hacer de las riquezas, dispone nuestro corazón para recibir el espíritu de la verdadera pobreza, que no tardará el Señor en comunicarnos, premiando con este riquísimo tesoro el bien que hacemos á los pobres.

10. «Dichoso el rico que es hallado sin culpa, — nos dijo el Señor, — y que no anda tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es éste y lo alabaremos ? Porque él ha hecho cosas admirables en su vida. Fué probado por medio del oro y hallado perfecto, por lo cual alcanzará la gloria eterna. Pudo pecar y no pecó; hacer el mal y no lo hizo; por esto sus bienes están asegurados en el Señor, y toda la congregación de los santos celebrará sus limosnas ' ». En cuanto á los pobres de espíritu, ya el Señor nos dijo: « Son dichosos porque de ellos es el reino de los cielos. »

r Eccli., XXXI.

<sup>1</sup> Isai., XIV.

<sup>2</sup> Jac., II, 5.

<sup>3</sup> Tob., IV, 7.